



Hombre cercano II, 2014
Resina de poliéster, 180 x 60 x 73

emerger del paisaje, sino que lo incorporan, lo atraviesan, lo habitan en su exclusiva realidad física nutrida de la savia, las corrientes ocultas, los movimientos cósmicos, el palpito animal de la naturaleza.

Por eso han adquirido tanta importancia las presencias humanas y los lugares donde se manifiestan, y por igual motivo los caminos y quienes los transitan vienen originando que la escultura de Jean avance inasequible a cualquier asechanza sobre el corazón mismo de la fértil llanura, y siga descubriendo hombres que permanecen sentados a los vientos o caminan solemnes rumbo hacia el horizonte construyendo el paisaje, y mujeres intensas como deidades laicas tejidas con dulzura y pasión desmedida a la inmensa llanura y al viento inagotable y a los hilos profundos que enraízan el paisaje a todo cuanto vive por debajo del cielo, y algunos otros hombres cada vez más cercanos que se mueven despacio con determinación, reflexionando acaso, en medio de caminos que les llevan seguro por la ruta elegida, esa que Jean Anguera frecuenta cada día porque ya sólo quiere caminar con premura por los mismos caminos que sigue su escultura.

Rafael Ordóñez Fernández

LA LONJA. Zaragoza
11 febrero – 8 mayo 2016

Plaza del Pilar, s/n
50003 Zaragoza
tel. 976 397239
www.zaragoza.es

Horario

Laborables, de 10 a 14 h y de 17 a 21 h
Domingos y festivos, de 10 a 14,30 h
Lunes, cerrado

Aforo limitado

El acceso al público se interrumpe
30 minutos antes del cierre
de la exposición

Hombre sentado, acudiendo IV, 2013
Resina de poliéster, 36 x 44 x 31

 **Zaragoza**
AYUNTAMIENTO

Jean
Anguera
caminos de la escultura



 **Zaragoza**
AYUNTAMIENTO



Pensamiento del paisaje, mujer tumbada II, 1998
Resina de poliéster, 32 x 88 x 63

Caminos de la escultura

A comienzos de la década de los setenta Jean Anguera (París, 1953) estudiaba arquitectura, entre otros motivos quizá por influjo de su madre, Pierrette Gargallo, escultora durante muchos años y hasta el momento en que decidió consagrar su vida a garantizar la protección y a promover el conocimiento y la valoración de la obra de su padre, el universal escultor aragonés Pablo Gargallo. Pero Jean, naturalmente atraído por una disciplina artística con la que ha convivido desde la infancia, comienza a simultanear sus estudios con la asistencia al taller dirigido por el escultor César en la Escuela Nacional Superior de Bellas Artes de París, donde se producirá el decisivo encuentro con Laure de Ribier (alumna de César) y casi de inmediato la firme decisión, por parte de ambos, de que serán escultores o no serán nada.

Laure y Jean formaron pronto y siguen siendo una pareja inseparable, en la vida y en la escultura, sobre todo desde que contraen matrimonio y se instalan en Auvergne, región natal de ella, para comenzar una carrera de artistas que ha sido complicada e incluso dura, con etapas difíciles a lo largo de casi cuatro décadas repletas de proyectos, ilusiones, muchísimo trabajo, fracasos y desencantos, lucha y perseverancia, éxitos y reconocimientos, que vienen siendo durante los últimos años el feliz corolario de la temeraria aventura iniciada en plena juventud.

Al principio trabajaron codo con codo, cada uno en su propia obra, y presentaron una primera exposición conjunta cuyos parcos resultados no lograron desalentarles, quizá porque la naturaleza brava y montaraz de su territorio vital les reafirmaba en la determinación de seguir adelante con la pasión escultórica que les había poseído. Y de esa pasión, mezclada con las incitaciones sensitivas de un medio natural tan atrayente como enigmático para

el joven urbanita reconcentrado y reflexivo que ya debía ser Jean Anguera, cuyas inclinaciones racionalistas se supeditan siempre a la intuición, derivan sus primeros deseos de conocer y desentrañar y conciliar plásticamente las contradicciones y las coincidencias y las relaciones de consanguinidad entre la naturaleza natural y la naturaleza humana propensa a recuperar sus orígenes primigenios.

Al filo del primer tercio de los ochenta, Laure y Jean y su hija Camille se trasladan a la región de la Beauce, instalándose en Intvilliers e iniciando una nueva etapa durante la cual compartieron algunos proyectos muy singulares, mientras Jean comienza a modelar altorrelieves inspirados en paisajes montañosos, abruptos u ondulados, que parece reinventar a vista de pájaro y podrían sugerir un ensayo de maquetas de parajes naturales, cuando lo cierto es que su autor está considerando las posibilidades plásticas y expresivas de los distintos accidentes orográficos, cuyas relaciones volumétricas y emocionales con el cuerpo femenino intuye vagamente como una premonición de incalculables consecuencias, de manera que pronto modelará vigorosas construcciones de aspecto montañoso y expresionista, que pueden insinuar edificaciones primitivas en irreversible ruina o habitáculos de algún futuro legendario suspendido en un tiempo sin límites.

Pero así como en las esculturas de proporciones planas y onduladas –donde las colinas y barranqueras y los cursos de agua se transforman en imaginarios trasuntos anatómicos de cuerpos femeninos alargados– la belleza plástica y el goce sensorial parecen los objetivos escultóricos fundamentales, en el caso de las obras cuya estructura vertical evoca las fragosidades de cimas montañosas difícilmente accesibles surgen muy pronto los argumentos filosóficos, porque ya no se trata de mujeres-paisaje o delicados cantos al encuentro amoroso, sino de confrontar al sufrido escultor y su intransferible motivación vital –que en el caso de



El desconocido en el taller
Hombre con rodilla en tierra, 2000
Resina de poliéster, 51 x 28 x 33



Mujer tejida con el paisaje, Laure, 2008
Resina de poliéster, 142 x 130 x 58

Jean se diría existencialista– con la insoluble dicotomía y la siempre feraz simbiosis entre materia viva y espíritu vivificador.

Doce años después los cuatro miembros de la familia –porque entretanto ha nacido Pierre– se trasladan a Givraines, ocupando la vivienda y las naveas industriales que antes acogieron a una empresa de máquinas y herramientas agrícolas, dependencias transformadas ahora en un amplio y sereno territorio doméstico y creativo cuyo jardín trasero comunica con los primeros campos de cultivo, a través de los cuales Laure y Jean ejecutan cada día del año, a despecho del viento y la temperatura, el rito irrenunciable de recorrer la llanura transitando a libre voluntad alguno de los caminos que la atraviesan, como si pretendiesen recrear una ceremonia constante de comunión con la naturaleza, que parece suministrarles la inagotable energía necesaria para desarrollar la intensa e incesante actividad creativa que les mantiene vivos y dota de absoluto sentido a su existencia.

En este nuevo territorio de vida artística, Laure de Ribier se convierte en la fundamental, permanente y más eficaz colaboradora profesional de Jean Anguera, hasta el punto de que parte de su obra –como el propio Jean reconoce– podrían firmarla ambos, por más que la autoría creativa le corresponda a él, que ha seguido modelando sus esculturas mientras desplegaba una trayectoria de ida y vuelta mediante la cual ha desplazado su discurso plástico desde los paisajes, valles y montañas que se aproximaban a la figura humana o pretendían sugerirla, cuando no se manifestaban como una simbiosis casi perfecta de ambos, hasta las figuras propiamente humanas –las cabezas, los torsos, y los cuerpos sedentes o en camino– que ahora ya no parecen